

LOS GRANDES POETAS

Sólo el idealismo crea a los poetas;
sólo el idealismo hace que las cuerdas
de la liva vibren con gentil cadencia;
desgranando estrofas cinceladas, bellas,
en las que se narran, en las que se cuentan
los hechos gloriosos de la Patria excelsa,
los que la realzan y su nombre elevan,
los que de la fama abren la carrera.

Homero en su Iliada exaltó a la Grecia:
Virgilio al romano sublimó en su Eneida:
en su Paraiso, el Tasso se aqueja
de aquel bien perdido por Adán y Eva:
el Dante en su hermosa Divina Comedia
de la fe cristiana traza las esferas,
baja a los abismos donde el malo pena,
sube a las alturas de la gloria eterna
se ofrece cual premio de las almas rectas;
y es un gran teólogo que al de Aquino lleva
por constante guía en su gran poema.

Ya Jorge Manrique con su lira egregia
cantó de su pradre la noble altiveza,
su valor, su brío, su limpia conciencia.
En bellos romances vibrantes se expresan
con tan firme arresto de gentil braveza,

del Cid las batallas, las rudas contiendas,
tan fuertes y vivas, tan recias y fieras,
tras las que su lábaro pusiese en Valencia.

Con esto inspirado, Fernando de Herrera,
con vuelo de águila que hasta el Sol se acerca,
narró aquella lucha ruidosa y tremenda
habida en Lepanto, en la que de Iberia
las naves, llevando la Cruz en sus velas,
al turco humillaron con terrible afrenta,
salvando a la Europa, en donde quisiera
de su media luna clavar las enseñas.

Al duque de Osuna, que en Flandes campea,
la fortuna haciendo de la Patria sierva,
lo elogia Quevedo, narra sus exequias,
en las que el Vesubio *sus llamas aumenta*
y *el militar llanto* del diluvio es muestra.

El vate Quintana pará España anhela,
en sonora oda de vigores llena,
el *cetno de oro* que llevó en la tierra
y el *blasón divino* que le dió fulgencia.

Nicasio Gallego, en versos que suenan
cual suena la ola rasgada en las peñas,
con sonaridades de grandiosa orquesta,
con fuego brioso y dicción severa,
con un clasicismo que a Fray Luis recuerda,
dió traza al gran cuadro en que se presentan
el águila altiva, llena de soberbias,
señora de cielos, de mares, de tierras,
y el león rugiente, que a tales grandezas
con zarpazo rudo las rompe, las quiebra.

Y Bernardo López, en sus regias décimas,
al león y al águila también trae a cuenta,

que nuestros enconos bien los reverbera;
sagrados enconos de la gente ibérica
que en el Dos de Mayo su batalla empiezan
y en Bailén la acaban, con el ave muerta.

Otros grandes vates, otros cien poetas,
ante el idealismo de la España vieja,
de vibrantes liras moviendo las cuerdas,
cantaron sus glorias, sus altas empresas,
sus hombres ilustres, sus obras maestras,
la creación del arte imperecedera,
la que a los pinceles ofreció excelencias,
la que a los buriles arrogancias lleva,
la que en monasterios, ermitas e iglesias
y en las catedrales que los genios crean,
fijó de la España la cristiana esencia.

Todos estos cantos ahora nos recuerdan
la vida pasada, siendo como prenda
que da testimonio de nuestras grandezas.

La Historia así vista ¡cuánto nos deleita!
La dora y realza un sol de belleza
cuando esto divino en versos la expresa;
y, ya embellecida, en el alma entra
y allí se detiene con gran persistencia,
y al humano espíritu su molde le presta.

Siempre ante la gloria surgen los poetas,
y en sus imágenes de traza hechicera
visten realidades que aunque hermosas sean
siempre así vestidas más nos interesan.

De este modo ocurre que los vates vengan
a ser complemento de toda grandeza.

Ahora no hay cantores, no existen poetas
de esos que a los hechos grandes aderezan,

y ello por ser justo que el Parnaso vea
a sus grandes liras, rotas y deshechas.

El positivismo todo lo domeña,
a los ideales grandiosos los seca,
a su tallo asida, a la flor la hiela
cuando aun es capullo, sin dejar que esplenda
regia desplegando sus pintadas sedas
que a las mariposas hacen competencia:
de los entusiasmos a las fuentes ciega:
ante el patriotismo muestra indiferencia:
ante los peligros borra fortaleza:
al pecho no inspira acciones excelsas,
ni a las caridades lleva hacia las penas
ni inspira consejos de sana experiencia
ni ofrece desdenes a lo que es vileza.

Nada le conmueve, nada le interesa,
de allí do se llora bien pronto se ausenta,
y allí do se ríe su risa no agrega,
que es dura su traza, con esa dureza
que tiene el granito de la áspera sierra.

El positivismo tan sólo se inquieta
ante el propio halago, por ver satisfechas
sus devoradoras ansias gigantes.

Busca el agasajo que da la riqueza,
busca los provechos de altas influencias,
y, para lograrlas, el suelo rastrea
sin que el barro impuro eu afán lo detenga.

Es el yo su guía, es el yo su lema,
porque el *tú* no existe para su conciencia.

Siendo tal el mundo en esta edad nuestra
¿qué extraño es no canten famosos poetas
cesando las arpas de dar sus cadencias?

¿Dónde hay Alejandros, dónde existe el César
que Homero y Virgilio, en regios poemas,
cantaron, glosando sus grandes empresas?

¿Dónde está la noble, la santa creencia
que exaltara el Tasso con magnificencia?

¿Dónde están aquellas sublimes ideas
que dibujó el Dante, con profunda ciencia,
en su portentosa Divina Comedia?

¿Dónde están los Alba, los Lunas y Amézagas,
Gonzalos de Córdoba, los López de Heredia,
los Austrias, Germanes, Ossorios, Fonsecas,
los Pérez de Vargas, Girones, Saavedras,
los Díaz de Mendoza, Azaras, Autentas,
cuya fama ilustre el vate extendiera?

Claro es que en la vida siempre se conservan
de la raza antigua dones de nobleza
que a la nueva raza pasan por herencia:
claro que en el mundo relucir se observan
preclaras virtudes de cristiana esencia:
mas en su conjunto la virtud no impera,
que al vil egoísmo se da rienda suelta,
y al afán de goces se dan preferencias,
y al deseo de honores siempre se alimenta,
y lo que el superfluo, sin piedades niega
a lo necesario próvida asistencia.

Entrase en los templos, se pasan las cuentas
del santo Rosario, sin mostrar tibieza;
el confesionario muchos lo frecuentan,
y al comulgar luego bajan sus cabezas;
pero en medio de ello no se ve la enmienda,
porque el usurero no rebaja deudas,
porque el orgulloso guarda su soberbia,

porque el perezoso sigue en su pereza,
porque el disipado no se fija reglas,
ni los sensuales su pasión la aquietan
siguiendo, sin freno, sus carnales sendas;
ni nadie obedece la enseñanza aquella
que los sacerdotes dieron en la Iglesia.

¿Quién ha conseguido que pléyade inmensa
de encumbradas jóvenes vistan con decencia?
¿Quién logra en el día que en saraos y fiestas
no se jueguen bailes que lascivia llevan?
¿Quién evitar puede que hasta gala sea
entre juventudes desatar la lengua?
¿Quién impedir puede que la mujer tienda
a hacer masculina su feminea esencia,
borrando el encanto que se prende a ella?

Oh, si, las costumbres se desencadenan,
y es cosa evidente de toda evidencia
que ficciones grandes por doquier se encuentran,
siendo muchas almas seno de miserias
como esos sepulcros que el arte blanquea.

Y ¿cómo encantarse estas gentes nuevas
con idealidades de excelsos poetas?

Les gustan los versos de la decadencia,
los versos rojizos, los verdes, que dejan
torpes sensaciones que al alma la incendian:
no los versos blancos, azules, o perla
a los que al mirarlos pronto los desdeñan.

El instinto humano hace esa carrera
y como al instinto libertad se ofrenda
sin que lo sujete voluntad discreta,
seduce lo impuro más que la pureza,
y no confesando nadie esa tendencia,

ríndense homenajes a la poesía nueva;
a la que Edgar Poe inventó en América,
y Verlaine, en Francia, con delirio acepta,
y, después, el libro «Flores del Mal» llega (1)
a echar sus semillas, que en España entran
y producen flores negras, cenicientas,
de formas extrañas, con las que se infecta
el viejo parnaso, que aromado fuera
por el rico efluvio de rosas, violetas,
de olorosos nardos, de las azucenas,
y el campestre incienso de las madre selvas.

Las malas costumbres no sólo destierran
la bella poesía que es toda limpieza,
clara como el agua que brota en la peña,
blanca cual la nieve que corona sierras,
sino, al mismo tiempo, traen la decadencia
de las sociedades, que se desnivelan
y que se envilecen cuando males siembran
y a la fe bendita su eficacia niegan,
persiguiendo todo lo que representa
influjos divinos, acción de la Iglesia
que para salvarnos Cristo instituyera.

También las costumbres que nos desordenan,
surjan las virtudes con sus excelencias:
y España que ahora se mira deshecha,
sin crédito alguno, sin copiosa hacienda,
con las libertades en prisiones puestas,
y sin Cruz alzada que su bien proteja,
tornará a ser grande como en otras épocas.

(1) Obra de Boudelaire.

Y entonces las líras moverán sus cuerdas,
y tendremos vates de esos que destrenzan
sus doradas alas en alturas célicas,
émulos gloriosos del divino Herrera.

RAFAEL DE VALENZUELA SÁNCHEZ-MUÑOZ

Zaragoza 30-11-932.